

## ¿Nos gobierna una presidenta teóloga?

"La soberbia es la reina suprema de todo el ejército de los vicios, cuyos jefes son los siete pecados capitales".

San Gregorio Magno

Hace un tiempo, con relación a ciertas afirmaciones de quien desempeña la primera magistratura en nuestro país, tratamos de aclarar si nos gobernaba una filósofa, con lo cual se concretaría el anhelo de Platón de un gobierno eficaz constructor del bien común en sus tres grandes capítulos: unidad de la paz, promoción de la vida virtuosa y suficiencia económica, señalados por Santo Tomás de Aquino. La conclusión fue que la presidenta era sólo una aparente filósofa.

Pero ahora la misma va más allá; utiliza categorías teológicas y nos obliga a ocuparnos del asunto. Lo hacemos con gusto, pues *nuestro Instituto de Filosofía Práctica, se encuentra abierto a la filosofía especulativa fundante y también al saber teológico*, pues coincidimos con Etienne Gilson: "una filosofía que no haga sitio a la teología es una filosofía corta de vista" (*La unidad de la experiencia filosófica, p. 55*).

El mismo día, (6/6/2008) en el cual aparecieron en *La Nación* diario, los conceptos de la presidenta, acerca de que Dios "castiga a la avaricia como uno de los pecados más graves", dedicó uno de los firmantes parte de sus clases universitarias matutinas y vespertinas al tema. El pecado sería cometido por los sectores rurales opositores.

El periodista agregaba que la misma "citó a Dios", lo cual nos parece difícil; lo que habrá citado es un texto de las Sagradas Escrituras, inspiradas por Dios, relativo a la sequedad de corazón del avaro, tal vez aquel que dice: "*El ojo del avaro no se satisface con su suerte, la avaricia seca el alma*" (*Eclesiástico, 14,9*).

En las clases intentamos aclarar la cuestión, explicando en primer lugar, el concepto de pecado: acto voluntario, plenamente consciente y libre, contrario a la ley de Dios; puede ser de obra, palabra, deseo u omisión.

En segundo lugar, ubicamos a *la avaricia en el contexto de la virtud de la liberalidad*, anexa a la justicia, término medio superador de dos extremos viciosos: la avaricia y la prodigalidad.

*La liberalidad mueve al hombre a dar, a compartir lo suyo con los demás. De los dos vicios el menos grave es la prodigalidad*, porque se encuentra en la línea de la virtud, el dar; pero aquí se trata de un dar vicioso, sin prudencia, sin previsión, sin circunspección. Este vicio se corrige de hecho, como el caso del hijo pródigo del Evangelio, cuando se acaban los bienes y desaparecen aparentes amigos de los tiempos de bonanza, y

también se corrige con la edad, pues el hombre añoso sabe lo difícil que es formar un patrimonio y lo fácil que es perderlo, sobre todo en la Argentina; muchas veces por medidas de los gobiernos, sin arte ni parte de las víctimas. Así en el 2001, 20.193 personas murieron por ataques cardíacos debidos a la crisis económica. "Muertos sin guerras ni tifones. Sin museo, ni memoria" (Daniel Zolezzi, "De eso no se habla", *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, 4/12/2005).

*El vicio más grave es la avaricia, pues se opone a la generosidad; en lugar de dar retiene. Pero también abarca al percibir cuando no se debe, lo que no se debe o más de lo que se debe.*

*La avaricia es un pecado capital, lo que quiere decir, fuente de otros pecados, que pueden ser graves o leves, mortales o veniales, según las circunstancias; es un pecado que se dirige por acción u omisión contra el prójimo y su importancia es inferior a la injusticia, pues con evidencia es más grave no dar a otro lo que es del otro, que no darle lo que es nuestro.*

En tercer lugar, tratamos de jerarquizar los pecados: el pecado contra el hombre es de menor gravedad que el pecado contra Dios, característico de la soberbia, respecto de la cual escribió Boecio, que "si bien todos los vicios nos alejan de Dios, sólo la soberbia se opone a Él". Por lo tanto, *la avaricia es inferior en su gravedad a la soberbia*, el pecado de Satanás y de nuestros primeros padres, quienes se quisieron endiosar contra Dios; rechazaron toda dependencia y pretendieron ser dioses (*Génesis*, 3, 5). Este pecado hoy se repite cuando el hombre vuelve a comer el fruto prohibido y se considera autónomo, creador de lo bueno y de lo malo.

A la soberbia, "apetito desordenado de la propia excelencia", que se traduce en aversión y desprecio de Dios, debemos oponerle las palabras de San Miguel Arcángel, bajo cuya figura y su bandera, en un hermoso dibujo de Juan Antonio Ballester Peña, militamos los firmantes en nuestros años juveniles: ¿Quién como Dios? y el cultivo de la virtud de la humildad.

Humildad, viene de "*humus*", tierra; humilde es el hombre "inclinado a la tierra", según San Isidoro de Sevilla. Este hombre sabe que es la única criatura creada a imagen de Dios, pero también conoce que es "polvo y ceniza", que le debe a Dios como dones su existencia y sus cualidades, y a sí mismo, sus defectos y pecados.

Como única criatura creada a imagen de Dios, y más todavía como hijo de Dios, el hombre está llamado a un destino grande, y para ello debe practicar *la virtud de la magnanimidad*, que mueve a realizar lo máximo dentro del orden de la razón. Esta virtud por su generalidad pone a todas las restantes bajo el signo de la grandeza, las hace mayores.

*Humildad y magnanimidad no se oponen, sino que se complementan; como escribe el P. Alfredo Sáenz: "El magnánimo glorifica en sí los dones que le vienen de Dios, proponiéndose emplearlos, en vez de enterrarlos, pero no deja de tenerse en poco al considerar su propia miseria" (*Siete virtudes olvidadas*, p. 113).*

Al día siguiente de la clase el matutino *Clarín* publicó un reportaje al obispo Fernando Bargalló, en un artículo de Sergio Rubin titulado "La soberbia es más grave que la avaricia". En el mismo, se señala que la acusación de Cristina Fernández de Kirchner a los ruralistas, de estar incurriendo "en el peor de los pecados que es la avaricia", suscitó ayer una sugestiva aclaración doctrinal del presidente de Cáritas, el obispo Fernando Bargalló que sonó a dura réplica: "el peor de los pecados es la soberbia", agregando "que es el más grave, el primer pecado capital porque es el que más nos encierra en nosotros mismos y nos aleja de Dios y del prójimo".

¿La presidenta peca de soberbia? se le preguntó. "Creo que sí. Ahora. ¿en qué grado.? No me toca a mí juzgarlo. sólo a Dios". Prudente, no se anticipa al juicio divino como lo hace la presidenta ¿teóloga?

Monseñor Bargalló evitó polemizar acerca del número de pobres, además de señalar que "Cáritas no cuenta con cifras precisas desde que el Indec dejó de ser confiable" (*Clarín*, 7 de junio de 2008).

En el mismo diario, en la misma página, aparece la queja del ministro de Justicia, Aníbal Fernández, quien reclamó ayer a la Iglesia que "pedir (a la presidenta) un gesto de grandeza suena casi irrespetuoso".

Por un lado, nos sentimos confortados por la precisión del obispo; por el otro comprobamos una vez más, que ciertas almas mezquinas, pusilánimes, pequeñas, son incapaces de comprender un llamado a la magnanimidad.

El país cada día avanza por el camino de la anarquía, del enfrentamiento, de la discordia. Desde las más altas esferas se predica el odio a hombres que han sido creados para el amor. Y ese odio lo grita un allegado al poder usado para diversos menesteres, que lo tiene instalado en el corazón.

Ya que a la presidenta le gusta aludir a su condición femenina, para ayudar a su reflexión le suministraremos un texto bien clásico, de una obra cuya heroína es una mujer, *Antígona*, de Sófocles, quien pone en boca de Tiresias, el llamado a la cordura al tirano Creón: "¡Ah, hijo. medítalo! Común a todos los hombres es cometer errores. Pero *cuando ha errado, no es un hombre sin voluntad y sin bríos, el que hace por corregir su error y no se obstina en él.* La obstinación es otro nombre de la estupidez".

*Para pacificar el país, la presidenta debe gobernar, comenzar a practicar las virtudes de humildad y magnanimidad, rectificar el rumbo, dejarse de discursos y de consideraciones filosóficas o teológicas, escuchar los reclamos e integrarlos en una política que apunte a un futuro de trabajo, grandeza y prosperidad.*

Tiene un *ejemplo histórico*, el de la reina Santa Isabel de Portugal, famosa por su labor pacificadora. Un día ante los ejércitos enfrentados de su marido y de su hijo, sola, montada en una mula, con una inmensa autoridad, logró evitar la batalla. Muerto el rey que tantos dolores le había

causado, y a quien cuidó con desvelo y abnegación, se sintió liberada de los deberes de la corte y vivió para ayudar a los necesitados. Su riqueza va a parar a los pobres y enfermos en forma de ropas y alimentos. En los hospitales pasaba largas horas consolando a los allí internados. No podía faltar en su vida cristiana la peregrinación a Compostela. Allí ofreció, como prueba de devoción al Apóstol Santiago, la corona más noble de su tesoro. De vuelta a Portugal vestía con su bordón y esclavina como peregrina de Santiago. Murió como consecuencia de un viaje, emprendido a pesar de sus años, en su última empresa de paz; esta vez, la guerra entre un hijo y un nieto, era el mal a evitar. Su pueblo la ha rodeado, a través de los siglos, de una gloria inmortal (Fidel Cuéllar, G.E.R. T.13, ps. 108/9).

Pero *es libre* si este ejemplo no la mueve a una "*metanoia*", para *imitar un falso arquetipo* de una magnífica fábula: a la Bruja de las *Crónicas de Narnia*, del escritor C. S. Lewis, quien ejerce un poder sin autoridad, rodeada de secuaces, adulones, esbirros y alcahuetes que aterrorizan a sus víctimas, una tiranía que tiene dos características salientes: siempre es invierno y no hay Navidad.

Buenos Aires, junio 17 de 2008.

Gerardo PALACIOS HARDY  
Vicepresidente

Bernardino MONTEJANO  
Presidente